

EL HOMBRE, SER DE ENCUENTRO

Hernán Zomosa Hurtado

Doctor en Filosofía, Profesor del Pontificio Seminario Mayor San Rafael y de la Universidad Católica de Valparaíso.

I

Con este título queremos considerar una idea central de la antropología debidamente destacada y expuesta en el sugerente y cuidadoso trabajo filosófico de ALFONSO LÓPEZ QUINTÁS, quien tiene desde el comienzo un propósito bien definido y complejo, de gran aliento, a saber: dar cuenta de los modos integrales de experiencia humana -como la antropológica, la estética, la metafísica o la religiosa-, caracterizados por un elevado poder suscitador de encuentros, de «ámbitos» de interacción¹. Así, examinando lo positivo y negativo de las principales orientaciones filosóficas contemporáneas y situándose derechamente en el

¹ Destacamos las principales obras de LÓPEZ QUINTÁS, Catedrático-Emérito de la Universidad Complutense de Madrid, Cofundador del Seminario Xavier Zubiri y Miembro de número de la Real Academia Española de Ciencias Morales y Políticas: *Metodología de lo suprasensible*, I-II, Editora Nacional, Madrid 1971; *Romano Guardini y la dialéctica de lo viviente*, Guadarrama, Madrid 1966; *Diagnóstico del hombre actual*, Guadarrama, Madrid 1966; *Hacia*

terreno metodológico, nuestro autor llega pronto a la convicción de que, en gran medida, el principal obstáculo para abordar actualmente el mencionado tema radica en la equivocidad de término «objetividad» y sus derivados.

De donde resulta plausible su empeño de clarificar suficientemente este término desde las más variadas perspectivas, «a fin de ganar el utillaje metodológico necesario para precisar con la debida justeza el estatuto ontológico de los diferentes objetos-de-conocimiento, que sólo con grave quebranto de los derechos de lo real pueden ser reducidos indiscriminadamente a 'meros objetos'»².

Sin temor de fatigar al lector, el primer volumen de *Metodología de lo suprasensible* realiza un minucioso análisis, enumeración y crítica de los diversos sentidos de lo «objetivo», que conviene tener a la vista, aunque sea en extrema abreviatura, y que guardan estrecha relación con los más significativos aportes de los movimientos fenomenológicos, existenciales, personalistas o dialógicos y con los nuevos conocimientos provenientes de la ciencia contemporánea. Se suele entender por «objetivo» lo que está enfrente (*gegen-ständlich*), y que, por ser una realidad distinta del sujeto y hallarse a distancia, puede ser conocido de modo incomprometido o espectacular. Objetivo es lo mensurable, lo localizable en el espacio y el tiempo y, por ello, lo universalmente verificable por cualquiera, lo representable. Desde un punto de vista científicista, lo objetivo se confunde, consecuentemente, con lo real. Lo que importa es un saber de exactitud universalmente controlable, con plena independencia

un estilo integral de pensar, I-II, Editora Nacional, Madrid 1967; *Pensadores cristianos contemporáneos*, BAC, Madrid 1967; *Filosofía española contemporánea*, BAC, Madrid 1970; *Cinco grandes tareas de la filosofía actual*, Gredos, Madrid 1977; *Estética de la creatividad*, Cátedra, Madrid 1978; *El secuestro del lenguaje*, PPC, Madrid 1987; *Vértigo y éxtasis*, PPC, Madrid 1987; *El conocimiento de los valores*, VD, Estella 1989; *Cuatro filósofos en busca de Dios*, Rialp, Madrid 1989; *El encuentro y la plenitud de la vida espiritual*, PCL, Madrid 1990; *La experiencia estética y su valor formativo*, VD, Estella 1990; *Romano Guardini, maestro de vida*, Palabra, Madrid 1998.

² *Metodología de lo suprasensible*, II, 32; *Filosofía española contemporánea*, 352.

de toda condición personal, ya que debe resultar constatable mediante un tipo de experiencia causal, mecánica, discursiva. Por ser cualitativamente amorfo, lo objetivo es cuantitativamente reductible a elementos unívocos, pudiendo ser entonces perfectamente problematizable, inventariable, y dominado por una técnica adecuada. De donde resulta que lo objetivo se opone a lo jerárquico, a lo cualitativamente irreductible, lo originario; es lo rígido, lo cerrado, lo que carece de flexibilidad y movilidad creadora. Consecuentemente, lo objetivo se opone a lo subjetivo, como expresión de realismo y autenticidad, con lo cual es fácil tender a pensar que lo subjetivo no es algo real³.

Si bien esta conceptualización del «objeto» y de la «objetividad» fue sometida a una severa crítica, hay que reconocer también que no siempre fue acertadamente conducida. En efecto, filósofos como KARL JASPER, MARTÍN HEIDEGGER y GABRIEL MARCEL, oponen resueltamente al «ser objetivo» el «ser inobjetivo»; sin embargo, esto trajo también consigo una cierta despotenciación o desrealización de este peculiar forma de realidad. Así, nuestro autor, revisando críticamente el pensamiento existencial, en un primer momento reflexivo, designa con la expresión «ente superobjetivo» esas realidades inasibles, que vistas al debido nivel de hondura se revelan como fuente de la verdadera objetividad. El cambio del afijo responde, claro está, a la necesidad de subrayar este carácter positivo y de evitar, por tanto, graves malentendidos que suscita el negativo «in». MARCEL, por ejemplo, al establecer la diferencia de registro espiritual que separa el otro como «objeto» del otro como «presencia», nos pone justamente en guardia contra la tentación de tratar la «presencia», modo relevante de unidad, como una especie de objeto vaporizado, que contrasta con el objeto sólido, tangible y resistente, con el cual tenemos que vernos en la llamada vida real⁴.

³ Cf. *Metodología de lo suprasensible* I, 545-555; *Hacia un estilo integral de pensar* II, 42-48.

⁴ Cf. G. MARCEL, *El misterio del ser*, Edit. Sudamericana, Buenos Aires 161-177.

La precisión, por lo tanto, se impone. «Por contraposición a ser objetivo (*das gegenständliche Sein*) la expresión 'ser superobjetivo' (*das übergegenständliche Sein*) se quiere indicar aquellas realidades que, por desbordar las categorías empíricas de espacio y tiempo, no pueden ser captadas de modo sensorial, sino sólo mediante una facultad intelectual que tenga la amplitud de visión necesaria para captar realidades internamente móviles; movilidad que implica una gran firmeza ontológica -no se olvide esto, para no rechazar desde el principio, por temor al relativismo, una doctrina que puede contribuir muy eficazmente a superar éste de modo radical. Piénsese en la noción de sustancia, de entelequia, de inter-subjetividad personal, de comunidad, etc. Nótese de paso que, aunque todos los seres espirituales sean superobjetivos, el ente superobjetivo no se confunde con el ser espiritual, por abarcar más campo»⁵. Este texto es del mayor interés y se muestra afín con los supuestos filosóficos de ROMANO GUARDINI, para quien el tipo de ser así delimitado es tan susceptible de captación y descripción como el objetivo. Detrás de la negatividad formal del concepto de lo «in-objetivo», una mirada atenta acierta a vislumbrar una intención decididamente positiva.

Para entender bien lo dicho desde el principio, importa dejar consignado que el concepto del ente o del ser «superobjetivo» debe ser distinguido de lo que HUSSERL entiende por «ente ideal» y de lo que N. HARTMANN entiende por «ente supraobjetivo». «Coincide con éstos en la 'ingravedez' y el carácter no fáctico. Pero difiere por su condición de realidad eminente, que al estar dotada de un 'poder ontológico de expresión' (HENGSTENBERG), une a la infinita elasticidad del 'apriori' toda la densidad real del 'aposteriori', en una tensión analéctica»⁶. El último término tiene un significado muy definido. Se refiere al hecho de que lo inobjetivo debe ser entendido, en dialéctica jerárquica con lo objetivo. «El método analéctico surge ineludiblemente cuando se intuye la condición dialéctico-jerárquica de los seres. En el universo impera una ley de unidad,

⁵ *Metodología de lo suprasensible* I, 573; *Hacia un estilo integral de pensar* II, 41.

⁶ *Metodología de lo suprasensible* I, 575.

de vinculación mutua de jerarquía. La correlación horizontal se funda en una relación vertical de estructuración y configuración. No basta, por lo tanto, un estilo 'enantiológico' (GUARDINI) de pensar si se quiere ganar la profundidad en que se concilian radicalmente las aparentes contradicciones»⁷.

En virtud de su densidad ontológica, lo «superobjetivo», objetivarse, esto es, puede manifestarse a través de medios expresivos «objetivos», sin someterse al riesgo de la «objetivación». El espíritu, ejemplar modélico de realidad superobjetiva, tiene así el poder de «objetivarse» y de «objetivar» a los demás seres, proyectándolos a una distancia adecuada para aprehenderlos respetando la realidad propia, peculiar, de cada uno de ellos, ya que «ob-jetivar» sólo equivale a «objetivizar», cuando el sujeto realiza el proceso cognoscitivo con una actitud de dominio y con la voluntad abusiva de situarlos en un nivel inferior al que les corresponde.

La propuesta es clara. Se ha de pensar en relieve, de modo sinóptico y en bloque, frente a un estilo reductivista de pensar. Realidades con modos de espacio-temporalidad superiores al empírico y poseedoras de un poder expresivo y envolvente serán así conocidas, para quien preste atención simultánea al nivel «objetivo-expresivo» y al nivel «metaobjetivo-expresante», niveles diversos pero enlazados jerárquicamente. Cabe precisar que nuestro autor substituye el término «ser o ente superobjetivo» por el de «realidad ambital»; o simplemente, «ámbito», desde el segundo volumen de *Metodología de lo suprasensible*, con el fin de subrayar ahora que el modo de realidad aludido no está encerrado en sí, sino dispuesto siempre a una interacción. Como tendremos oportunidad de insistir más adelante, el ámbito es algo que constituye un «campo de realidad», por estar dotada de virtualidad creadora y no presentar una delimitación rigurosa. Debe reconocerse, por otra parte, que el término «superobjetivo» tiene un carácter, o un aire, un tanto triunfalista, aunque fue acuñado con el claro propósito metodológico de consolidar un nivel entitativo superior, un rango superior de objetividad, y esto en el mismo terreno del objetivismo y con su mismo lenguaje.

⁷ *Metodología de lo suprasensible* I, 6.

II

La reflexión que nos ocupa asume, en sus líneas más centrales, la concepción metafísica de la realidad y de la persona propuesta por XAVIER ZUBIRI. La realidad presenta un modo de unidad estructural, sistemática, respectiva; y por ser estructural-sistemática es de por sí dinámica y relacional. La realidad humana es abierta a toda realidad y a la propia; por lo tanto, se aprehende como real y se apropia tanto de su realidad como de la realidad del entorno, constituyéndose en persona. «La persona humana se va configurando como **personalidad** al apropiarse las posibilidades que le ofrece la realidad circundante merced a la condición que ésta posee de ofrecer un sentido al hombre y presentarse al mismo en forma de instancias y recursos. Estas posibilidades de acción con sentido que se alumbran en el encuentro 'hombre-entorno' son ámbitos que se 'apoderan' del hombre al mismo tiempo que éste se los apropia creadoramente. Se trata de un dinamismo de posibilización, de ambitalización. El hombre posee la condición de tener que realizarse mediante la dotación de sentido a su vida. El sentido brota de modo relacional, porque es en los acontecimientos de interferencia donde se alumbra la luz de la inteligibilidad. El hombre confiere sentido a su vida merced a la capacidad que le otorga su inteligencia de realizar **hechos** mediante la **actuación de sus potencias** y dar lugar a **acontecimientos** mediante la **apropiación cocreadora** de los **campos de posibilidades** que le ofrece la situación social-histórica en que se halla inmerso de modo activo-receptivo»⁸.

El hombre nace desvalido, indigente, prematuro e inacabado y por eso está siempre abierto a diferentes posibilidades de desarrollo. LÓPEZ QUINTÁS, de la mano de la ciencia más actual, no puede dejar de señalar que no nace tan sólo con estructuras nerviosas inmaduras, sino con importantes planos de inmadurez en sus diversos sistemas: nervioso, inmunológico, enzimático, etc. Al separarse del seno materno, deja una relación de

⁸ *Estética de la creatividad*, 165

inmediatez fusional biológica con la madre e inicia un proceso de activa vinculación a cierta distancia, con ella y con el mundo que lo rodea. «Al nacer a medio a gestar, el hombre tiene la posibilidad de ser troquelado, moldeado, configurado por la realidad circunstante y convertirse en un ser dialógico incluso en su vertiente fisiológica, no sólo en la cultural, social, ética, estética, religiosa. Este troquelamiento es de tipo cuasi-genético debido a su carácter decisivo e indeleble. Sin esta 'urdimbre afectiva' que se teje entre madre e hijo, éste al nacer desvalido perecería por falta de la necesaria ambientalización»⁹. La gestación intrauterina se completa, pues, mediante una indispensable gestación extrauterina. Lo cual de alguna manera u otra siempre se ha sabido. Recuérdense, por ejemplo, las palabras de S. TOMÁS DE AQUINO en el sentido que la formación del niño no termina en el útero natural, sino que prolonga en sus relaciones con sus padres, como una especie de útero espiritual, *sicut sub quodam spiritali utero*.

En todo caso, conviene precisar que el término «urdimbre» alude a la noción más conocida de ROF CARVALLO, quien la concibe como una trama de influencias, en uno y otro sentido, trenzada entre el recién nacido y las personas tutelares, en esa importante modalidad de la relación a la cual denomina «transaccional». Relación en la cual nunca el conocimiento aislado de los factores que entran en la relación puede reemplazar esa realidad absolutamente nueva que resulta de la interacción entre ellos. Se trata de un proceso que ha sido ratificado en los últimos años muchas veces y desde los más diversos parámetros de observación¹⁰, pues, a decir verdad, en torno a la noción de urdimbre confluyen todas las ciencias del hombre, la genética, la psicología del aprendizaje, la sociología, la lingüística, las neurociencias, el psicoanálisis y la etología.

⁹ *Estética de la creatividad*, 166.

¹⁰ Cf. J. ROF CARVALLO, *Urdimbre afectiva y enfermedad. Introducción a una medicina dialógica*, Labor, Barcelona 1961; *Violencia y ternura*, Prensa Española, Madrid 1966; *El hombre como encuentro*, Alfaguara, Madrid 1973.

En virtud de la correspondencia entre la invalidez del niño y el impulso tutelar de la madre, surge en el hombre el sentimiento de confianza básica en la realidad, de acogimiento del entorno como lugar de instalación. «El hombre se siente ambientalizado, acogido en orden al troquelamiento de todo su ser, desde el aspecto biológico hasta la manifestación más elevada de la personalidad. Como el estado normal del ser humano es el de ambientalización, si a lo largo de la vida el hombre se des-ambientaliza provoca con ello una situación de ruptura»¹¹. Conviene añadir, sin embargo, que el carácter de amparo o de protección de la primigenia unidad madre-niño está constantemente impregnado de una frustración rítmica, ya que mientras para el niño la unidad que establece con la persona tutelar o con la madre lo es todo; para la persona tutelar, en cambio, sólo es una parte de su vida. Lo cual significa que el hombre crece, desde el inicio de su vida, en el amparo, pero también en un cierto estado vital que necesita de la tutela y de la vigorosa respuesta al reto del abandono. De donde se infiere que lo decisivo es también la dosificación justa de este ritmo. La actitud de aceptación de la realidad como campo de cooperación y la actitud contraria de rechazo de ésta como un entorno extraño y hostil se deriva, ciertamente, de los estados antagónicos de afecto y abandono.

Tras el ámbito tutelar primario, y siguiendo su pauta en buena medida, la maduración de la persona se realiza mediante encuentros fecundos con las realidades de su entorno; encuentros que no se reducen a mera vecindad o yuxtaposición y que se articulan entre sí para formar el tejido complejo del mundo humano, del mundo de cada uno de nosotros. «La realidad cabal del hombre se va constituyendo paulatinamente en virtud de relaciones de diversa índole que muestran una estructura básica común: relación con la madre, padre, hermanos y demás hombres; relación con el lenguaje, las categorías lógicas y esquemas mentales, la sociedad, el tiempo y el espacio, la historia, la cultura, el juego, el trabajo. Estas formas de encuentro plenificador van colmando la menesterosidad del ser humano y lo disponen para convertirse de nuevo en sistema abierto a un nivel más elevado»¹².

¹¹ *Estética de la creatividad*, 167.

¹² *Estética de la creatividad*, 168.

Ahondando algo más en esta experiencia, el hombre despliega su personalidad cuando convierte en íntimas las realidades que en principio le son distantes, externas y ajenas, asumiendo activamente las posibilidades que le son ofrecidas para instaurar modos relevantes de unidad, de presencia, mediante la integración de una forma de inmediatez y una forma de distancia.

Las categorías de inmediatez, distancia y presencia revelan así su importancia en la metodología de lo suprasensible, hasta el punto que constituyen el llamado «triángulo hermenéutico», ya que de la interferencia de cada forma de inmediatez en cada forma de distancia surge un modo específico de «presencialidad»¹³. Cuando el sujeto intenta fusionarse con la realidad entorno, o cuando su distancia con ella se traduce en lejanía, no logra un modo de unidad relevante. La auténtica presencia es posible cuando la inmediatez es lograda en virtud de una distancia que implica la perspectiva justa para la creación de un ámbito común, en el cual se realiza precisamente el tránsito de lo distinto meramente distante a lo distante íntimo.

III

Tratando de aproximarse más a la noción de ámbito, puesta de relieve por el pensamiento personalista-dialógico con algunas deficiencias metodológicas en su tratamiento, la reflexión establece a continuación que este nivel de realidad surge cuando entre los momentos o elementos constitutivos una realidad, o bien entre dos o más realidades, se establece un complejo de relaciones no sujetas a un módulo fijo, sino abiertas a un margen de libertad. En otras palabras, el ámbito es un campo de «juego» formado por la interacción estructural de elementos o de realidades que se articulan en un sistema dinámico¹⁴. El dinamismo otorga cierta flexibilidad interna a la realidad, flexibilidad que establece su expresividad y la lleva a abrirse a

¹³ Cf. *Metodología de lo suprasensible* II, 59-111.

¹⁴ Para una amplia descripción del juego como una actividad seria que crea un espacio de intercambio dentro del marco de ciertas normas o reglas, Cf. *Estética de la creatividad*, 23-159.

otras realidades y entreverase con ellas. Como hay modos diversos de unidad estructural, hay también modos diferentes de dinamismo y formas diversas de fundar ámbitos; y, consecuentemente, cuanto más poderosa es la unidad sistemática estructural más perfecto es el poder expresivo y relacional de la realidad.

Los ámbitos son tan reales como los objetos, e incluso de mayor rango, pero son discretos al revelarse sólo a quien entra en relación activa con ellos. Solemos tener, sin duda alguna, una mente orientada a los objetos. Decía ya HENRI BERGSON que la mente humana está cómoda solamente cuando se mueve en lo sólido inorganizado, esto es, en la cosa por excelencia. Efectivamente, la operación que ejecuta con extrema normalidad, con una evidente satisfacción, es la medición de longitudes y cuando se trata de medir magnitudes que no son longitudes, inventa un artificio para traducirlo a longitudes; la temperatura, por ejemplo. En cambio, cuando tiene que habérselas con entidades que tienen cierto grado de fluidez, entonces pierde pie, no acaba de entender y queda en un estado de cierta inquietud, en la precaria sensación de estar en suspensión. KARL JASPER es rotundo al respecto: «Queremos siempre algo tangible. De ahí que tomemos erróneamente el pensar filosófico como un conocimiento objetivo. Como un gato en sus cuatro patas, también volvemos a caer siempre en la comprensibilidad objetiva. Nos revelamos contra éste vértigo del filosofar, contra la exigencia de andar de cabeza. Podríamos decir que quisiéramos mantenernos 'cuerdos' ateniéndonos a nuestros objetivos y quisiéramos eludir el renacimiento de nuestro ser en el trascender»¹⁵.

Al tenor de lo dicho se debe distinguir nítidamente los objetos, los sujetos y los ámbitos. Mientras los «objetos» son las realidades que están frente a nosotros y que podemos asir con la mano, delimitar, medir, pesar, situar en el espacio, manejar, dominar; los «sujetos», en cambio, son en un aspecto, asibles, medibles, pesables, etc., y en otro aspecto rebasan esta condición. Cada uno de nosotros, en cuanto seres corpóreos, tenemos

¹⁵ K. JASPER, *La fe filosófica*, Losada, Buenos Aires, 21.

contornos fijos y ocupamos cierto espacio, fácilmente medible. Pero en cuanto personas rebasamos los límites del cuerpo y fundamos una red o nudo de relaciones; somos también un centro de iniciativas creadoras, de apropiación libre de posibilidades, seres vocados a desarrollarse mediante la fundación constante de relaciones de encuentro. Sin poder eludirlo, toda persona se vuelve hacia el pasado, lo retiene, para recoger ahí posibilidades de acción y se encamina al porvenir para darle forma y sentido mediante diversos proyectos de vida que traza creativamente.

Considerados como campos o ámbitos de realidad, no podemos precisar lo que abarcamos como persona en lo afectivo, lo estético, lo ético, lo religioso, lo académico o lo profesional. Si bien tenemos conciencia de ser un yo individual, somos expansivos, hasta el punto que podemos fijar exactamente nuestro poder de influencia sobre los demás y la influencia de éstos sobre nosotros¹⁶. El estar vuelto sobre sí y abierto al entorno no implica así contradicción alguna, sino un contraste; y, como acostumbra a decir la filosofía que exponemos, aprender a considerar como contrastes muchas aparentes contradicciones es una tarea decisiva del proceso de formación humana.

A esta altura es perfectamente claro que las dos aspectos de los «sujetos» están integradas, de tal manera que el aspecto ambital se expresa de hecho en el objetivo. Toda la persona, en su estado interior de agrado o desagrado, se patentiza, por ejemplo, de modo inmediato-indirecto, en su gesto, en su fisonomía, en la manera de dar la mano al saludar. Al mirar el rostro de una persona no aprehendemos solamente desplazamientos de la piel y movimientos de los músculos, sino que vemos en él la bondad, la ira, o la comprensión. Si esto no pasa, dejamos de ver un ser humano, para ver tan sólo algo útil o deseable, un organismo o aparato técnico. De ahí que no cabe afirmar rigurosamente que «tenemos» cuerpo, porque el cuerpo humano es siempre una vertiente del ser personal. El uso del verbo «tener» supone una escisión dentro de nuestra compleja unidad; parece referirse a entidades distintas del sujeto de

¹⁶ *El conocimiento de los valores*, 21.

posesión, que no comprometen al todo de su ser y que están a su libre disposición. La fenomenología existencial ha puesto de relieve la tesis de que «somos» cuerpo¹⁷. El cuerpo está conmigo, no frente a mí; no es un instrumento del que me sirvo, aunque en ocasiones parezca serlo, sino el mediador entre yo y el mundo. «Yo soy mi cuerpo» no significa identidad o que sólo mi cuerpo existe; equivale a emitir el juicio negativo; no tiene sentido decir que «yo soy una cosa unida a esa otra cosa que es mi cuerpo»; o equivale a decir también «yo soy un ser-encarnado», esto es, que yo aparezco como cuerpo sin identificarme con él y sin poder distinguirme de él. Es exacto, pues, afirmar que a través de mi cuerpo yo soy una presencia orgánico-psíquica para mí mismo, una presencia viviente en el mundo.

Cabe advertir que podemos convertir los objetos en ámbitos, transfigurándolos o enriqueciéndolos. Lo cual quiere decirse que la condición de «ámbito» la pueden tener también muchas entidades de nuestro inmediato derredor. Sin abandonar el plano objetivo, y a pesar de su delimitación, podemos elevarlos a un plano superior que nos ofrezca oportunidades para actuar con sentido y potenciar nuestra vida. Los ejemplos son numerosos. LÓPEZ QUINTÁS analiza con gran maestría el carácter ambital de diversas entidades y acontecimientos de la vida cotidiana y social: hoteles, patios, claustros, plazas, caminos, calles, viajes, castillos y paradores, tiendas; las formas de trabajo y de juego, los papeles que el hombre puede desempeñar en la vida; la consagración de un templo, la proclamación de un presidente, el acto de dictar sentencia o de hacer una promesa, la inauguración de un red vial, la configuración de los estilos artísticos, la celebración de una fiesta, la práctica de un rito, la representación de una obra teatral, la composición de un poema, etc. Así, en breves pinceladas, la incorporación a una institución -familia, iglesia, escuela, universidad, partido político...-, se hace en la condición de persona, abierta a la comunidad y no en la condición de mero sujeto pasivo; la proclamación de una doctrina

¹⁷ Cf. G. MARCEL, *Filosofía concreta*, Revista de Occidente, Madrid 1959, 21-49.

ante un auditorio que comparte los mismos ideales no se reduce a comunicar o leer algo, sino que supone la decidida voluntad de adhesión a un ámbito de vida. Un piano como mueble es un objeto, pero como fuente de posibilidades sonoras musicales, para un intérprete, es un ámbito; un barco es un objeto, pero en él se puede navegar, pescar, conversar, pasear; un libro por ser material es un objeto, pero en cuanto es una obra literaria, muestra diversos horizontes de vida, plasma procesos, expresa sentimientos, incentiva la imaginación y transmite conocimientos.

Una casa es también un objeto, pero en cuanto lugar donde se crean lazos interpersonales, es un espacio de juego en común. «Si el hombre es un ser nacido para co-crear ámbitos resulta lógico que en los ámbitos halle su hogar, su lugar nato de habitación y de vida. El análisis del hogar familiar no como edificio, sino como *focus* -campo de interacción afectiva fundado por los esposos- y el del fuego como creador de 'ambiente' (o ámbito-de-intimidad) nos revela que el hogar constituye por razones internas un modo de ambitalidad primario y radical, apto para poner en forma la capacidad humana de crear todo género de ámbitos. Los ámbitos básicos de la maternidad, paternidad, filiación, fraternidad, amistad, servicio a los valores, acatamiento y vinculación a la deidad, arraigo en el entorno, etc., se crean de modo connatural en la dinámica de la vida familiar. La inserción co-creadora en el entorno -personas, animales, plantas, casas, paisaje, atmósfera espiritual y física- no significa una acomodación servil, pasiva, sino la asunción activo-perceptiva de diversos campos de posibilidades en orden a la cofundación de ámbitos. Se trata de una colaboración dialógica sobremanera fecunda por darse en un nivel radical de participación»¹⁸. El hombre es esencialmente el ser que crea relaciones de convivencia estables y sólidas, declara rotundamente la filosofía existencial-fenomenológica, y en tal sentido el habitar precede al construir: no habitamos porque construimos sino que construimos porque ya habitamos. «Habitar la casa» casa tiene, definitivamente, un valor que no presenta el «habitar en una casa». Es oportuno

¹⁸ *Estética de la creatividad*, 174-175.

recordar que SAINT-EXUPÉRY señala por su parte, en su obra titulada *Citadelle*, que el hombre debe ser «el que habita en este mundo» y logra recién en el habitar su auténtico ser, donde «ser» significa la plena sustancia de la vida.

El encuentro fecundo sólo es posible entre ámbitos y el encuentro por excelencia es el que da lugar a la comunión de personas, rebasando la mera comunidad¹⁹. Se trata de una relación que implica compartir una realidad común. Asumiendo el lenguaje de MARTIN BUBER, puede decirse ahora que las raíces humanas se hallan cuando un ser busca a otro ser concreto, para comunicar en un esfera común a los dos, pero que sobrepasa el campo de cada uno: la esfera del «entre» (*zwischen*). «Para llegar a la intuición sobre la que montar el concepto de «entre» -escribe BUBER- tendremos que localizar la relación entre personas humanas no como se acostumbra en el interior de los individuos o en un mundo general que los abarque y determine sino, precisamente y de hecho, en el «entre». No se trata de una construcción auxiliar *ad hoc* sino del lugar y soporte reales de las ocurrencias interhumanas; y si hasta ahora no ha llamado particularmente la atención se debe a que, a diferencia del alma individual y del mundo circundante, no muestra una continuidad sencilla sino que se vuelve a constituirse al compás de los encuentros humanos»²⁰.

El «entre» constituye, pues, una protocategoría de la realidad humana, aunque se realiza en grados diferentes. Los ejemplos de BUBER son suficientes ilustrativos y después de mencionarlos podemos apreciar su esfuerzo para definir más adecuadamente el ámbito de la intersubjetividad. «Una conversación de verdad (esto es, una conversación cuyas partes no han sido concertadas de antemano sino que es del todo espontánea, pues cada uno se dirige directamente a su interlocutor y provoca en él una respuesta imprevista), una verdadera lección (es decir, que no se repite maquinalmente, para cumplir, ni es

¹⁹ Sobre la aplicación de la categoría de encuentro a la fenomenología religiosa, Cf. *El encuentro y la plenitud de la vida espiritual*.

²⁰ *¿Qué es el hombre?*, Fondo de Cultura Económica, México 1964, 147.

tampoco una lección cuyo resultado fuera conocido de antemano por el profesor, sino una lección que se desarrolla con sorpresa por ambas partes), un abrazo verdadero y no de pura formalidad, un duelo de verdad y no una mera simulación. En todos estos casos, lo esencial no ocurre en uno y otro de los participantes ni tampoco en un mundo neutral que abarca a los dos y a todas las demás cosas, sino en el sentido más preciso, "entre" los dos, como si dijéramos, en una dimensión a la que solo los dos tienen acceso. "Algo me pasa", y cuando digo esto me refiero a algo concreto que puede distribuirse, exactamente, entre el mundo y el alma, entre el proceso "exterior" y la impresión "interna", pero cuando yo y otro (empleando una expresión forzada pero que difícilmente podríamos mejorarla con una perífrasis) "nos pasamos el uno al otro", la cuenta no se liquida como en el caso anterior, queda un resto, un como lugar donde las almas cesan y el mundo no ha comenzado todavía, y este resto es lo esencial»²¹.

Lo que así se describe es posible de reconocerlo tanto en los grandes sucesos como en los menudos y momentáneos, esto es, en relaciones apenas perceptibles, elementalmente dialógicas. Sin embargo, cualquiera sea el caso, todos estos sucesos no se resuelven sólo en vivencias porque tienen un hondo fundamento ontológico. «La situación dialógica es accesible sólo ontológicamente. Pero no arrancando de la óptica de la existencia personal ni tampoco de la de las dos existencias personales, sino de aquello que, trascendiendo a ambas, se cierne "entre" las dos»²².

A mayor abundamiento, la relación yo-tú funda el ámbito del «entre» los dos; la relación yo-ello, en cambio, es una actitud de afirmación unilateral del yo, puesto que toma al otro de una manera exterior, descomprometida, susceptible de ser analizado en sus elementos constituyentes con un modo de saber fácilmente traducible en poder, dominio, manipulación, uso y abuso, raíz primaria de la violencia. La relación yo-tú, explica LÓPEZ QUINTÁS, no es unilateral.; compromete al yo y al tú en su totalidad, como seres capaces de dar y recibir; implica un modo de causalidad

²¹ *¿Qué es el hombre?*, 148.

²² *¿Qué es el hombre?*, 149.

circular que se rige por el esquema reversible de «apelación-respuesta»; permite la aparición de la libertad, entendida como la posibilidad de desplegarse creando relaciones originarias, a través y por encima de las tendencias instintivas, de las instituciones sociales, usos y costumbres, pero en vinculación a todos ellos²³. Pero la cuestión decisiva para nuestro autor es considerar la integración de la relación yo-tú y yo-ello, para evitar una postura ética intransigente y purista que ponga exclusivamente lo positivo en la relación yo-tú. A este respecto, lo primero que debe decirse es que los modos de relación aludidos sólo raras veces se dan en estado puro, ya que es fácil pendular de una relación o actitud a otra, dada la condición objetiva y ambital del ser humano. De donde se impone articular prudentemente la actitud objetivista y la personal a la luz de una sólida doctrina de la «mediación», sensible ausencia en las investigaciones filosóficas de BUBER y MARCEL.

Pues bien, los siguientes puntos, que hemos ordenado para mayor claridad, exponen lo fundamental que conviene retener.

1º) La relación yo-ello no es la primaria; surge contracorriente, pero dentro del natural desarrollo de la personalidad, de la tendencia inicial del hombre a la vinculación con el entorno.

2º) El hombre adquiere conciencia de su yo como realidad independiente por necesidades de adaptación al entorno y en orden a la actividad creadora.

3º) Para hacer su vida en sentido biográfico o fáctico, el hombre ha de aprender a coordinar la independencia con la relación y a darse cuenta que con las personas puede y debe establecer relaciones distintas y más profundas que con las cosas.

4º) La tendencia unificadora y simplificadora de los criterios de acción lleva al hombre a tomar con frecuencia actitudes semejantes ante las cosas y las personas, situando a éstas a distancia de mero objeto.

²³ Cf. *Estrategia del lenguaje y manipulación del hombre*, 14-39. Sobre la relación yo-tú, sus riesgos, sus formas y la importancia del lenguaje, Cf. R. GUARDINI, *Mundo y persona*, Guadarrama, Madrid 1963, 195-208.

5º) La confusión y nivelación de actitudes provoca la reducción o degradación del tú a mero ello -objeto de consideración y dominio.

6º) El trato impersonal no siempre implica, sin embargo, un proceso «objetivizador»; el hombre es susceptible de ser tratado de modo objetivista, en virtud de su vertiente de objetividad inevitable, pero sin quedar reducido al nivel del mero objeto.

7º) La relación yo-ello se da a menudo en interacción de complementariedad con la relación yo-tú, merced a la capacidad que posee aquella de servir de «elemento mediacional» en la instauración de esta última.

8º) En los casos límites, la relación yo-ello aleja al yo del tú con distancia de indiferencia, aversión o incluso odio; en los casos mitigados puede servir de polo distanciador en orden a adquirir o reafirmar la relación de inmediatez eminente denominada «presencia», cobrando así la significación objetivista un sentido personal.

No hay forma de evitar la conclusión de que la relación yo-ello ofrece un carácter «mediacional», «no mediatizador», claramente positivo, cuando sirve para conseguir otra forma de relación más profunda y creadora. La distinción entre «mediacional» y «mediatizador», nos asegura LÓPEZ QUINTÁS, se muestra sobremanera fecunda en orden a la elaboración de una ética de las relaciones humanas. «Cuando la relación yo-ello se interpone entre el yo y el tú y les impide tratarse de modo comprometido y crear relaciones de auténtica presencia, adquiere un carácter mediatizador. Esta mediatización y la correlativa objetivación del tú y la reducción del mismo a mero ello se produce al confundir el hombre la autonomía con el desarraigo y al considerar la vertiente objetivista de los demás hombres como algo autónomo, aislado del conjunto de las personas. No cabe afirmar en principio que toda relación yo-ello implique de por sí la pérdida de la unidad del hombre con los demás. Debe analizarse en cada caso si el género de distanciamiento que indudablemente conlleva la relación yo-ello entraña una autonomización de la vertiente objetiva del tú a efectos de manipulación y dominio, o

responde más bien a una actitud general de respecto hacia los otros»²⁴. Es inevitable, sin duda alguna, adoptar una actitud objetivadora de análisis ante otros hombres, con el propósito de conocer a fondo sus dimensiones físicas, biológicas, psicológicas, intelectuales o espirituales. La ciencia tiene por ello el derecho de acotar, de filtrar o de proyectar del espectro de la compleja realidad humana una dimensión para estudiarla detenidamente. Con todo, si esto se hace con plena conciencia y voluntad de servicio, con una actitud de efectiva participación en el destino de las personas afectadas, adquiere en su conjunto un sentido netamente personificador. Lo mismo puede decirse de las diversas relaciones objetivas que establecemos, quieras que no, en la trama de la vida diaria y social, ya que pueden integrarse y hallar su lugar en el ámbito propiamente humano, cuya característica esencial es la de unidad en diversidad.

²⁴ *Estrategia del lenguaje y manipulación del hombre*, 43.



